

CUENTO N° 271

TÍTULO: EL BALÓN Y SU RESCATE

SEUDÓNIMO: EL TALQUINO

AUTOR: LUIS ALBERTO VÁSQUEZ VALENZUELA

EL BALÓN Y SU RESCATE.

Eran otros tiempos, tales como cuando tanto las frutas como las verduras gozaban de unos sabores exquisitos, debido a que todavía no se alteraba la composición genética de los organismos. Ni tampoco existían las pelotas plásticas, que al principio casi no daban ni bote. Claro que antes, todo era mucho más caro que ahora y, por tanto costaba mucho más llegar a tener cualquier cosita. Aunque por lo menos, uno tenía la certeza, que todo lo que compraba era bueno y sabía que le iba a durar. De allí que jamás se me va a olvidar, que un día le compré una de las mejores pelotas de fútbol de aquellos tiempos a mi hijo menor. Quien dado que ya había representado a Chile en dos Campeonatos Mundiales de Ajedrez para menores (Rumania y Puerto Rico), se encontraba obligado a practicar cualquier cantidad de deportes físicos, para tratar de fortalecer lo más que pudiera su sistema cardiovascular. Puesto que de lo contrario, bien podría quedar propenso a los derrames cerebrales. Tal como ya le había sucedido hasta a verdaderos genios del tablero, como fueron los Grandes Maestros: Pablo Morphy (47) y José Raúl Capablanca (53) quienes desgraciadamente fallecieron muy tempranamente, producto de unos violentos derrames cerebrales. A raíz que un match de ajedrez federado, viene siendo como el equivalente a una verdadera guerra espiritual. Realidad que también obliga a dichos deportistas, a tratar de mantener unos nervios de acero, para así poder resistir toda la tensión que involucra una partida de ajedrez a dicho nivel.

Y, como mi hijo quedó feliz y orgulloso de su pelota, lo primero que hizo aquella vez, fue llevarla para el colegio, que quedaba casi a dos pasos de nuestro hogar. Y, como yo estaba consciente que la había llevado para allá, porque tenía miedo que la fuera a perder, apenas llegué del trabajo en la tarde

después, me preocupé de preguntarle de inmediato por su balón. Sin imaginar jamás, que ya lo había perdido inexorablemente según él, porque se les había caído para una casa cuyo frontis daba hacia la avenida Recoleta y, que estaba incrustada como en el medio del patio del colegio. Y todo, debido que hasta ese momento, los dueños de esa vivienda habían sido los únicos que se habían negado terminantemente a venderles su propiedad al colegio, que ya se había ampliado varias veces, a través de la compra de las casas aledañas.

-No, pero... Cómo no van a entregar las pelotas que caen ahí. Haber... ¡Vamos para allá! Porque yo voy a ir a conversar con los dueños de esa casa. Y, si no la entregan, tendría que demandarlos entonces.-

-No, Papi, si no las entregan. Y además, que no sacamos nada con ir todavía, porque la gente que vive ahí llega siempre tarde.-

La cosa es que al final, como yo no iba a estar nunca dispuesto, a perder así como así nomás, una pelota tan cara. Y además considerando, que mi hijo ya me había dicho, que en esa casa llegaban siempre tarde, partimos hacia su tan querido colegio. Donde apenas ya llegamos, no tuvimos ningún problema para ingresar, no solo porque éramos amigos del portero, sino porque mi retoño ya estaba muy bien considerado en dicho establecimiento gracias al ajedrez. He ahí que ya en el deslinde, de ambos patios, pasé a comprobar de inmediato, que para el lado de la gente problemática, no había luces prendidas todavía. Y en consecuencia, empezamos a mirar cómo se podría pasar mi hijo para allá. Y, la verdad es que no se veía difícil, porque la pandereta medianera tenía como un metro setenta nada más. Claro que lo único malo, era que aparte de esa división en común, los dueños del colegio habían instalado una protección de una malla de alambre, de cerca de unos cuatro metros hacia arriba, a partir de la cima de la pandereta, para evitar que las pelotas cayeran

justamente para allá. Pero, quizás para evitarse el problema de tener que pedirles permiso a sus vecinos para adosarse a la pared, los dueños del colegio prefirieron poner todos los postes de tubos de acero que sostenían dicha red, más o menos a unos veinte centímetros de distancia de la muralla. Haciendo que al final, viniera quedando un pequeño espacio por debajo, entre el inicio de la malla de alambre y el tope superior de la pandereta. Aunque, mirando bien esa parte vacía, pensé que el Claudio bien podría pasar por entremedio, si yo le ayudaba a agrandar un poco dicha abertura, tirando la malla con fuerza hacia mí. Pero antes, llegué y le pregunté:

-¿Te da miedo, pasarte para el otro lado?-

-No. Pero antes, voy a mirar bien primero.-

De allí, que después de ayudarlo a pasar hacia arriba, primero se puso a tratar de ubicar la pelota y, luego llegó y se tiró finalmente hacia allá. Al tiempo que yo, me quedé esperándolo ahí. Pero no les miento, que jamás me imaginé que se iba a demorar tanto en reaparecer. Ya que pasaban y pasaban los minutos y, mi hijo no aparecía ni por si acaso. Hasta que ya llegó un momento, que me empecé a poner nervioso y, por ende me largué a llamarlo, como en sordina eso sí, ya que quería saber qué problemas podría haber tenido al otro lado. Pero, como al final no me contestó nunca, comencé a pensar en subirme a la pandereta yo también, para ver si lo podría ayudar por si acaso. Lo cual, me tiró a dar risa después, por haber pensado semejante estupidez, porque la verdad es que yo no habría pasado nunca, por entremedio de ese tan pequeño espacio para mí. Hasta que justo, en un momento en que ya no hallaba qué hacer, por culpa de ese tan angustiante estado de incertidumbre que me encontraba, de repente me volvió el alma al cuerpo. Cuando por fin, lo escuché decir:

-¡Ya! ¡Tome la pelota! ¡Papi!-

Balón que apenas apareció, empecé a tratar de pasarlo hacia el lado mío, haciendo un poco de presión para abajo, entre la pandereta y la malla. Y a continuación, por fin apareció mi hijo, a quien luego de agrandarle el espacio para que bajara, recién pude pasar a preguntarle:

-Y..., ¿Qué te pasó, que te demoraste tanto?-

-¡Puf...! ¡No sabe na, la que me pasó!-

Bueno, la cuestión es que ahí me empezó a contar, que la distancia para caer al otro lado, era mucho mayor para allá. Debido a que para el lado del colegio, habían puesto primeramente una tremenda capa de ripio y concreto en el suelo, antes de pasar a ponerle las baldosas finalmente. Claro que quizás, la altura habría sido lo de menos para él, porque el Claudio ya tenía como quince años y, ya se notaba bastante fuerte y alto a la vez, porque yo lo había mantenido siempre inscrito y practicando desde kárate hasta gimnasia artística para tratar de fortalecerlo dentro del ajedrez. Obteniendo como resultado, que hasta la fecha, todavía no tiene ningún problema en llegar y hacer flexiones de piernas. Partiendo por poner una de ellas, bien estirada hacia adelante y los brazos como avión hacia los lados, para luego empezar a bajar sin afirmarse en nada, hasta llegar a sentarse en el talón. Y a continuación, empezar a levantarse, bajo la misma forma que descendió, hasta volver a quedar totalmente de pie. Y quizás eso mismo, lo ayudó para tratar de salir del problema que se le presentó esta vez. Pues, se acordó, que apenas cayó hacia el otro lado, apareció un perro más o menos chico, que lo único que hacía era gruñirle y mostrarle los dientes nada más. Así que ahí estuvieron, con mi hijo arrinconado hacia la pandereta y el perro amenazándolo de tirársele encima si se movía. Y lo peor, era que no se podía dar vuelta para devolverse, porque aparte que la muralla era mucho

más alta por el otro lado, también era más que seguro, que el perro lo iba a morder por detrás. Hasta que en cierto momento, como el perro ya había insinuado varias veces lanzársele y luego retroceder. Sucedió que justo en uno de esos amagues y ladridos, mi hijo le tiró un puntapié y, el perro aprovechó de morderlo a la vez. Pero afortunadamente, solo lo agarró del género, de la parte baja de su tan ancho blue jeans. Aunque, todo tiene que haber sido tan rápido, que el Claudio dice que no sabe cómo, al final bajó muy rápidamente su mano y lo agarró del hocico y, luego lo apañó con la otra mano para tomarlo en brazos, claro que sin soltarle nunca el hocico por si acaso.

Y si bien, parecía que la situación había mejorado bastante para él, en relación al tremendo susto anterior. En realidad, el asunto no era tan simple todavía, porque fuera que el perro hacía fuerzas para liberarse cada cierto rato, él no hallaba qué hacer con ese tremendo problemita que tenía entre los brazos, porque sabía que si lo soltaba, este se le iba a tirar encima otra vez. Razón por la que buscaba y buscaba entremedio de los árboles de ese enorme patio que tenían, algo donde poder echar finalmente a dicho cancerbero, que paradójicamente también lo tenía aprisionado a él. Y, la verdad es que no encontraba nada que le pudiera servir para ello. Hasta que al final, se empezó a acercarse a la parte posterior de esa casa, porque aparte que se veía poco, se le ocurrió pensar que su atacante, bien podría haber salido desde cierta pequeña abertura hecha especialmente para perros, en la parte inferior de más de alguna puerta que hubiera por ahí. Porque dice, que misteriosamente, él no vio nunca a ese perro antes de tirarse para allá. Pero afortunadamente, al momento de acercarse a mirar la casa por detrás, descubrió que realmente existía una puerta de una hoja, que daba justo hacia la cocina de esa casa, pero sin

ninguna abertura para perros, tal como se había imaginado él anteriormente. Puerta que aparte de tener algunos vidrios desde la mitad de su estructura hacia arriba, lo que más le llamó la atención de ver a él, fue que esta tenía una chapa con manilla de bronce, para abrir o cerrar dicha puerta tipo mampara. Bueno, la cuestión es que apenas ya vio esa manilla, se le ocurrió la bendita idea de doblarla con la rodilla para abajo y, ahí fue donde gracias a Dios, la puerta se abrió y llegó y tiró al perro para adentro. Donde quedó encerrado finalmente. Y enseguida, ya mucho más aliviado, de la situación que se encontraba, se devolvió a juntar algunos pocos ladrillos que ya había visto esparcidos por ahí, para así poder subirse a pasarme la pelota primeramente a mí y, luego devolverse.

Si, realmente era increíble, todo lo que había sucedido. He ahí, que en cuanto ya salimos riéndonos a la calle, quizás como una forma de sacudirnos de todas las tensiones que habíamos pasado, no sé porqué se me ocurrió mirar hacia la casa que recién había estado mi hijo. Aunque, lo más probable es que solo haya sido, para tratar de salir un poco de la curiosidad de saber, si ya habría llegado gente a dicha casa, pero la verdad es que seguía igual de oscura todavía. Y luego, sin querer, me dio por entrar a preguntarme: ¿Qué irán a pensar los dueños de esa casa, cuando se encuentren con el perro adentro? Bueno, que seguramente se les olvidó dejarlo afuera nada más. Si, total, qué más podrían llegar a pensar. Pero, como realmente, este había sido un hecho bastante inaudito para mí, al final no solo seguí pensando en ello, sino que además, esto me sirvió hasta para llegar a especular: Acerca de la relatividad de la verdad y de nuestras convicciones muchas veces.

////////////////////////////////////